

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

CARLOS FUENTES SE AUTOCENSURA

El Concilio de Nexos es una muestra perfecta de mentalidad novohispana en nuestro siglo. Lo es hasta en sus postulados proteccionistas, antinorteamericanos, antiliberales que tanto se parecen al ideario conservador del siglo XIX. Otro ejemplo del mismo fenómeno son las alarmas alrededor de mi ensayo sobre Carlos Fuentes. Lo publiqué hace casi cuatro años, no volví a ocuparme de él ni pensé que tendría que hacerlo. Por desgracia o por fortuna, las circunstancias alrededor del Concilio de Nexos lo volvieron a abrir y no tengo más remedio que agregar una posdata.

Desde principios de los años setenta sentí — como muchos otros miembros de mi generación — la necesidad de marcar una distancia con la actitud intelectual y las ideas de Carlos Fuentes. En 1976, en una entrevista que me hizo Elena Poniatowska, dejé una constancia crítica sobre *Terra nostra* y su autor. En 1981, en el ensayo "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", (*Vuelta* 60) cité un párrafo introductorio de *Tiempo mexicano* en el que Fuentes elogia una escritura de "convicción y vivencia" sobre "el rigor" y "la imposible e indeseable objetividad". Dije que se trataba de un "contraepígrafe vocacional" para los historiadores de la Generación del 68. Exageraba: me refería a mí mismo.

Entre 1982 y 1987 México experimentó una crisis sin precedente que acarrió consigo profundos cambios en nuestra vida pública y en la comprensión de nuestro pasado. Luego de participar, hasta la medida de mis posibilidades, en ambos procesos, pensé que *The Old Gringo* o *Gringo Viejo*, la novela que Fuentes publicaba por esos días, era una mistificación sobre México que había ido demasiado lejos. Como crítico e historiador, me parecía urgente intentar una apreciación global de la obra de nuestro mayor novelista, obra en la que México — su vida social, su política y su historia — es un tema central. Como biógrafo, me atraía la idea de entender al personaje detrás de la persona Carlos

Fuentes. Me propuse entonces leer y releer a Fuentes — ensayos, novelas e innumerables entrevistas — a fin de escribir un texto que se publicaría al mismo tiempo en México y los Estados Unidos.

En 1988 salió a la luz un libro autobiográfico de Fuentes: *Myself with others*. Su capítulo inicial "How I started to write", me fue de inmensa utilidad para comprender las tensiones de identidad que le provocó el hecho de vivir casi toda su infancia y parte de su adolescencia lejos del "país de mi padre", "el país inexistente", "el país imaginario". "Un hecho central de mi vida y mi obra — revelaba Fuentes — es que soy mexicano por voluntad y por imaginación".

El no haber sido mexicano por nacimiento ni por experiencia vital directa, el serlo por voluntad e imaginación tuvo varias consecuencias que el propio Fuentes anotaba en su cuidadosa autobiografía. Considerarse el "mexicano-calvinista original", fue una de ellas: "no siestas for me" ni ocios en la playa "esperando a que los cocos caigan". Otra fue la de ver a México como una "fantasía": "una tierra de Oz con un camino verde de cactus... una historia de aplastantes derrotas... un país donde la inteligencia es inseparable de la malicia etc..."

Tomando el título de Fuentes, el apartado inicial (el más criticado) de mi ensayo, se llamó "El país imaginado". En él, prácticamente me limité a glosar las ideas de Fuentes sobre Fuentes. Dí cuenta de su distancia vital con respecto a México y de la ambigüedad que esa distancia le impuso siempre hasta hacerlo, como él dice, un "eterno peregrino en busca de perspectiva". Me referí al modo en que la tensión de identidad se resolvió creativamente en el territorio del lenguaje y arriesgué una hipótesis, digamos, epistemológica: Fuentes se acostumbró a ver a México, no en términos propios sino *refractado* en la experiencia norteamericana. "No podemos vernos sino verlos a *ustedes*", escribió. Pocos mexicanos suscribirían esa frase. Pensé que Fuentes estaba condenado, para bien y para mal, a un conocimiento de México por derivación.

Mi ensayo mereció muchas reprobaciones, denuestos, y anatemas. (También apoyos, confirmaciones y defensas que aquí no viene al caso referir). Fiel a sus reflejos históricos, el Santo Tribunal de la Fé buscó *detrás* de mi escrito, no sólo las más aviesas pasiones, sino la más oscura conspiración: me lo habían dictado (inspirado, pagado) la CIA, el Pentágono, los mil tentáculos del imperialismo norteamericano incluyendo al sionismo internacional. Para nuestra Inquisición es impensable que un escritor critique a otro en sus ideas y actitudes, en sus posturas políticas y sus textos. Si lo hace, debe haber siempre segundas intenciones. Así, en una proyección elemental de sus propios mecanismos, en una reversión completa de los hechos, el crítico termina por ser acusado de inquisidor. Después de casi cuatro años de su publicación original he releído mi texto. Algunos de los reparos literarios que se me hicieron me parecen justos y los he incorporado a la versión que ahora publico en un libro de ensayos. No así los reparos biográficos, ideológicos y morales. El pecado capital que se me achaca es haberle negado la mexicanidad a Fuentes (yo, que me apellido Krauze). En primer término, es mentira: así como en mi texto no hay un solo insulto y sí varios sustanciales elogios, en ningún lugar afirmo que Fuentes no es mexicano. Afirmo lo que Fuentes afirma sobre su mexicanidad. Utilizo, sí, fórmulas verbales sobre su conflicto de identidad ("México era mi identidad pero yo carecía de identidad") que no van más allá de las del propio Fuentes y que nunca tuvieron el propósito o el sentido de descalificarlo como mexicano sino de comprenderlo y parodiarlo en sus propios términos.

Esta leve defensa frente al Tribunal de la Santa Inquisición no tendría caso si no pudiese yo aportar alguna prueba de lo que digo. Afortunadamente tengo una. A los terribles encapuchados me permito humildemente preguntarles: ¿Por qué Carlos Fuentes no ha publicado en ningún país de habla hispana, incluido México por supuesto, su libro

Myself with others o siquiera el ensayo autobiográfico al que me he referido? ¿Es uno su discurso autobiográfico frente al público de habla inglesa y otro frente al público de su propio país? ¿Hay capítulos, párrafos, palabras de cuya redacción quizá no quisiera acordarse? ¿Correría acaso el riesgo de que los inquisidores lo acusaran de atribuirse a sí mismo una dudosa mexicanidad?

ENRIQUE KRAUZE

POR UNA BBC NACIONAL

Hace algunas semanas el novelista Fernando del Paso leyó, dentro del marco del Coloquio de Invierno, la conferencia magistral titulada "La imaginación al poder". Un detalle significativo es que las palabras del novelista fueron coronadas por un largo aplauso que, de pie, le ofrecieron los organizadores del Coloquio. Pensaban sin duda menos en la *imaginación* que en aquello de *al poder*. Sucede que está en juego un canal de televisión, el 22, es decir, dinero y poder cultural. Sucedieron en el Coloquio muchas cosas que poco tuvieron que ver con ofrecer a los estudiantes un panorama de los grandes cambios de nuestro tiempo. En todo caso, lo que sigue no es sino una lectura posible del discurso de Fernando del Paso dentro del juego de intereses manejados en el Coloquio.

En esencia, Del Paso propuso el fomento de un nacionalismo —combinación sabia de lo universal y lo local— no agresivo, sino "elegante y generoso", basado en el ejercicio del poder imaginativo de nuestro idioma. ¿Quién hace mejor uso del español? No las Academias, ya que "nada me parece más reaccionario y contra natura —contra la naturaleza del idioma—, que sus intransigencias, rezagos y pretensiones". Sino los escritores, los cuales, pese a que escriban ficciones de ardua complejidad verbal, son capaces, cuando se trata de abordar asuntos públicos, de lograr la claridad indispensable para poder comunicarse masivamente: "Los grandes dislocadores y desmitificadores del lenguaje, los artífices de la desarticulación, recuperan siempre la transparencia y la lógica... cuando asumen —los que quieren o los que pueden— su papel de ciudadanos". Una semana antes de la conferencia de Fernando del Paso, Héctor Aguilar Camín había dicho algo semejante: "no se

trata de hacer concesiones de literatura a la charlatanería de estos medios. Se trata de alcanzar la máxima complejidad y, al mismo tiempo, la máxima comunicabilidad". La función, así, del escritor es muy delicada, ya que le corresponde definir en la práctica el rostro nacional. Un rostro amenazado. América Latina "está siendo de nuevo olvidada. Estamos solos. A Europa no le interesa nuestra existencia ni nuestro porvenir"; América Latina "está en peligro de transformarse en un continente del que se puede prescindir"; América Latina está desvalida ante los Estados Unidos, ya que "ni a Europa ni a Japón ni ahora a Rusia y a sus vecinas repúblicas exsoviéticas, les importará en lo más mínimo que Estados Unidos intervengan política, económica o hasta militarmente" en la región. A pesar de esto, a México, dice Del Paso, no le queda más remedio, si no quiere aislarse del mercado mundial y perder de vista una modernidad siempre prometida y nunca alcanzada, "solos como estamos, y ante el peligro de pasar de la dependencia a la prescindencia, que aliarnos a los Estados Unidos y con ellos a Canadá" en el T.L.C. Solos ante el monstruo: aliados comerciales del potencial invasor. Dicho en palabras de Rubén Darío: "Eres los Estados Unidos, / eres el futuro invasor/ de la América ingenua que tiene sangre indígena, / que aun reza a Jesucristo y aun habla en español". Nuestra identidad nacional está en grave peligro: "desde hace cuatro décadas, no hemos hecho sino sufrir el deterioro paulatino, pero constante e irreversible de esa identidad y con ella, de nuestras tradiciones más queridas". ¿Qué hacer? Fernando Del Paso se refiere, cuando habla del peligro que amenaza la identidad nacional, no a la benéfica influencia que los artistas e intelectuales norteamericanos han ejercido en nuestra minoría intelectual, sino a la "basura cultural" que nos llega del otro lado a través de los medios de comunicación, "es esta avalancha de inmundicias la que desde hace muchos años adultera, desvirtúa y amenaza con sofocar nuestros valores más preciados". En realidad, nuestros *enemigos* no son los Estados Unidos sino los mercaderes que detentan la propiedad de esos medios. Para poner remedio a esta situación, Fernando del Paso lanzó "una propuesta de carácter práctico, aunque casi utópico": la creación de un canal de televisión indepen-

diente del gobierno y de la iniciativa privada. Algo así como una BBC mexicana, dirigida por aquellos que mejor pueden defender nuestro nacionalismo: los escritores, que así podrían pasar de "la imaginación al poder". Fernando del Paso no mencionó el proyecto del canal 22, proyecto en el que participan los mismos que organizaron el Coloquio de Invierno. Por eso se pusieron de pie para aplaudir a Del Paso, quien, dada su experiencia en la televisión londinense, quizá podrá encontrar acomodo en dicho proyecto. Si así ocurre podrá justificarlo con un noble propósito: se trata de defender a México. Del mismo modo que Juárez defendió al país contra los emperadores invasores, contra su novelado Maximiliano, Del Paso nos defenderá (¿) contra los mercaderes transnacionales, que nos obligan a comprar sus productos y a cantar sus canciones.

"Tendríamos así —dijo Fernando del Paso— tres televisiones: la del César, la de los mercaderes, y la del ágora". Tres televisiones: una del estado, otra privada y otra más paraestatal. Hace veinte años, cuando Echeverría tuvo a bien incorporar a los pensantes a su séquito, les ofreció poder dentro de la Universidad; ahora se les ofrece la televisión. Hace veinte años los intelectuales desafiaban ese medio, ahora anhelado. Su incorporación a puestos de influencia dentro de la Universidad ha sido en términos generales nociva, ¿sucederá lo mismo con la televisión? Por lo pronto sabemos que el canal mostrará la misma disposición antiplural exhibida durante el Coloquio, el cual fue sorpresivamente transmitido por el todavía no configurado canal 22. Del Paso asentó en su conferencia que asistía en calidad de escritor independiente: "no pertenezco a ningún grupo", comentó. ¿Por qué aceptar entonces la invitación de un grupo fuertemente apoyado por el Estado? A fin de cuentas, el mejor modo de defender nuestra identidad nacional es la puesta en marcha de un canal televisivo...

Caracterizado el actual gobierno por su afán privatizador, cabría sugerir, entre burlas veras, que privaticé Nexos, que libere a las conciencias que tiene encantadas con el canto de sirena de la inscripción en la nómina cultural. Que privaticé.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ